

EN LA MISMA BOLSA

EDITORIAL DEL DIARIO

PAGINA/12 del SABADO
25-08-90

▲ (Por José M. Pasquini Durán) La guerra en el Golfo y los homosexuales argentinos jamás estarán juntos en la misma página de la historia universal. Lo más seguro es que en ese libro sólo figure el conflicto regional —internacionalizado por Estados Unidos— que promovió Saddam Hussein de Irak. En la Argentina, sin embargo, fueron echados esta semana en la bolsa común de una cultura basada en el autoritarismo integrista y en vetustos provincialismos.

Sotto

En los últimos días trascendió al público un debate que sotto voce sostenía el gobierno de Carlos Menem, aunque había comenzado, para más precisión, desde el instante en que la administración de George Bush decidió enviar tropas propias hacia la zona, con ese reflejo de vigilante excitado que tiene la Casa Blanca cada vez que hay disturbios en zonas que considera de interés propio. Mientras el Presidente, el canciller Domingo Cavallo, y el ministro de Defensa, Humberto Romero, anunciaron que efectivos armados nacionales están listos para participar de una cruzada militar multinacional contra Irak cuando lo disponga la Organización de las Naciones Unidas (ONU), otro sector sostenía que la oportunidad la pintaban calva para quedar bien con Estados Unidos. En este bando hacían punta, aunque no eran los únicos, el Ejército, la Armada y el diputado menemista ex renovador Miguel Angel Toma, este último con renovado impulso después de visitar la embajada de Terence Todman en Buenos Aires.

Los dos bandos partían de premisas idénticas, a pesar de que discrepaban sobre la oportunidad (de inmediato o hasta que llame a la ONU) y sobre la compañía (con Estados Unidos o con todos). El primer supuesto es que la Argentina dejará de estar marginada en el mundo si hace el servicio militar al lado de los grandes, dicho esto con la misma presuntuosa ingenuidad con que el corsario Francis Drake pudo sentirse parte del Imperio Británico sólo porque robaba para la corona. La segunda presunción consiste en atribuir la decadencia nacional a errores políticos del pasado (desde la Doctrina Drago de no intervención hasta el neutralismo de la II Guerra Mundial) porque a causa de ellos —razonan— el país perdió la posibilidad de ser favorito en el corazón de la Casa Blanca, como lo fue Brasil, al que alguna vez Henry Kissinger calificó como "imperio emergente". Será por eso que al día de hoy Brasil tiene 35 millones de brasileños analfabetos (23 por ciento de la población total) y más de 50 millones que viven por debajo de los niveles mínimos de pobreza, sin contar que es uno de los mayores deudores de la banca internacional. ¿Cuál es el favor que se envidia?

Es una jibarización de la realidad que pretende ignorar, entre las causas de esa decadencia, a la propiedad feudal de la tierra, al desigual intercambio comercial entre el centro y la periferia, al cerrado proteccionismo de los mercados terminales del Primer Mundo, al retraso tecnológico y la obsolescencia industrial, a la fuga de capitales y las cargas financieras de la deuda externa, a la desigual distribución de la renta que otorga menos del 30 por ciento al sector del trabajo, y a otros factores derivados de políticas económicas pensadas para "integrarse al mundo" (frase favorita de Martínez de Hoz

durante el Proceso), como si fuesen accidentes naturales, igual que la lluvia o las heladas, incontrolables y ajenos a la suerte de esta sociedad.

Vaya a saber de qué modo imaginan estos estrategas australes que ese cuadro cambiaría por enviar al Oriente tres barquitos y un centenar de uniformados, siempre, claro está, que alguien pague el combustible porque esta guerra los sorprende en un momento de forzada austeridad. Que cualquier Estado quiera desempeñar algún rol en la política internacional es un anhelo plausible aunque no siempre probable, pero cuando se trata, como en este caso, de un Estado que no está en condiciones siquiera de garantizar la salud, la educación, la justicia y la seguridad a su comunidad, el intento resulta patético.

No lo son menos aquellos que ven en el Golfo la oportunidad de una operación bursátil. "Si nos movemos ahora con Estados Unidos, tendremos recompensa", sostienen con ilusión de pequeño ahorrista. Deberían consultarse con Galtieri para saber cuánto recibió el país a cambio de los servicios prestados en El Salvador, o al presidente Endara de Panamá —que terminó en huelga de hambre por la recompensa nunca pagada—, o a los contras que todavía esperan en el gobierno de Nicaragua por los dólares que llegarían después de la derrota electoral de los sandinistas. Para no ir más lejos, podrían escuchar mejor a sus recientes huéspedes norteamericanos, como el secretario David Mulford, cuando les dicen que sienten mucha satisfacción por el ajuste argentino, tanta que quieren más de lo mismo. Pero de dar una mano, ni hablar, porque sólo pueden ofrecer consejos y un poco de ideología, aunque algunos criollos andan repicando por ahí que las ideologías han muerto.

Hay que decir que la oposición también se lució en el trance, porque actuó por contradicción a la política oficial pero usándola como espejo.

Todo el drama, también para los de la otra vereda, consistió en cómo relacionarse con Estados Unidos. Si aquéllos se ofrecen enteros, éstos quieren cerrarles las puertas en las narices. Gestos, representaciones, retóricas. Hubiera sido interesante que el gobierno de Argentina, en nombre de su mejor tradición —por ejemplo la Doctrina Drago que la hizo famosa en las épocas que tanto añoran, de cuando estaba entre las primeras—, tratara de promover iniciativas de paz con los demás países de América latina, en lugar de discutir el color del uniforme para entrar en la guerra. Que la oposición se lo hubiera demandado en actos públicos, en el Congreso y en la calle. Una utopía, quizás, en un mundo con más mercados que ideales, pero los pobres no pueden renunciar al sueño de un mundo mejor, porque es lo único que les permitirá construirlo. El rígido pragmatismo es privilegio de país rico con tristeza.

Piu sotto

De lo contrario, el destino argentino quedará sujeto a una cosmovisión basada en el autoritarismo integrista, según el cual hay un solo mando, en Washington, un solo interés, el de Estados Unidos, y una sola religión, el mercado. En un mundo que ha tumbado los muros del poder bipolar, quedarse congelado en el panamericanismo de la guerra fría es una antigüedad y una cursilería. Por aquí comienza la relación del Golfo con los homosexuales. Integrista y autoritario, además de antiguo, cursi y provinciano, fue el fallo de la Cámara de Apelaciones en lo Civil que denegó la personería jurídica a la CHA (Comunidad Homosexual Argentina) en nombre de las buenas costumbres (¿asunto de modales?), la tradición (¿cuál, la del "ser nacional" de Videla?), la familia (¿de quién?) y la pastoral vaticana. Mariano Grondona,

hombre de costumbres, familia, tradición, propiedad y misa, en su programa de televisión calificó la resolución de "amenaza totalitaria". Bien dicho, porque sus alcances golpean sobre los más elementales derechos civiles y principios de convivencia en libertad, en los que se respeta la diferencia, nunca la igualdad uniforme. Un fallo semejante hubiera producido mítines y protestas de todo tipo en Estados Unidos, ese mismo país por el que algunos hombres, que con seguridad apedrearían a la CHA, están dispuestos a dar la vida, simbólicamente si es posible. Aquí, por desgracia, ni siquiera se conocieron todos los pronunciamientos que cabía esperar, por descuido o por prejuicio (igual de provinciano que el belicismo bursátil o las risitas nerviosas frente a la Ciccilina), como si la libertad fuera un asunto típico de homosexuales.